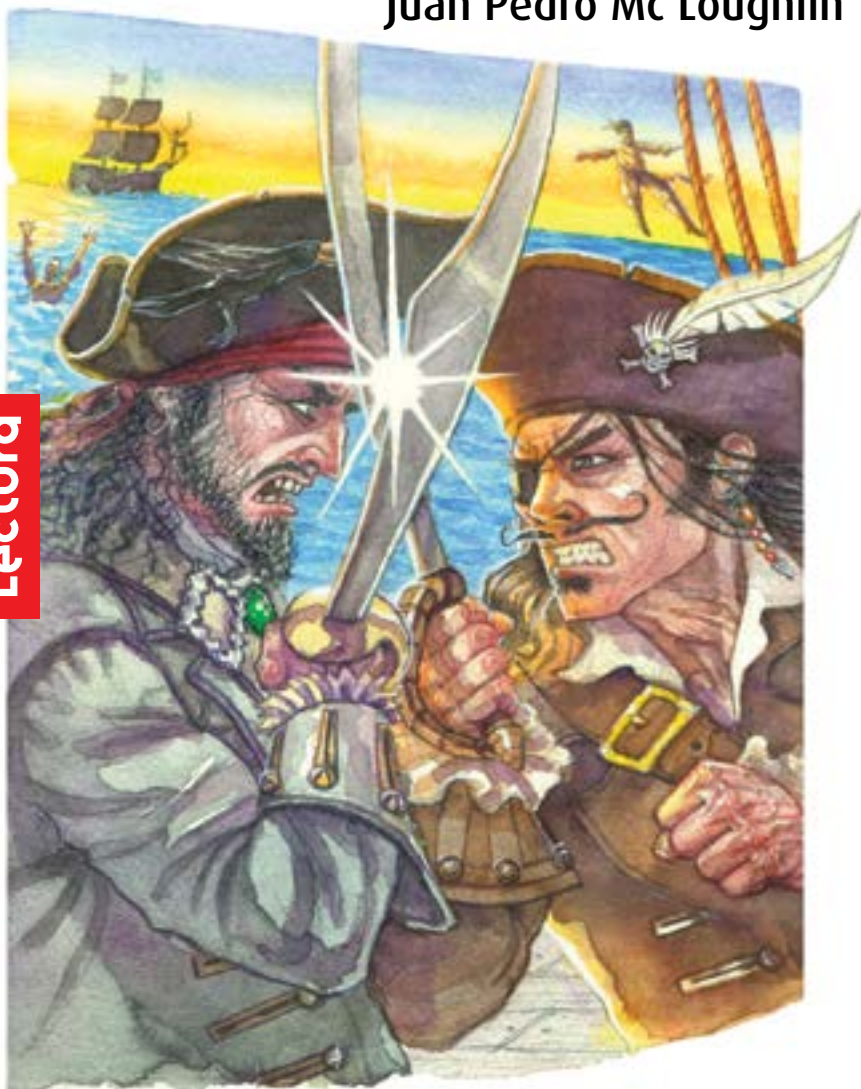


El capitán Mediavista frente al Azote de los Mares

Juan Pedro Mc Loughlin



Hora de
Lectura

El capitán Mediavista frente al Azote de los Mares

Juan Pedro Mc Loughlin

Ilustraciones de Juan Pablo Caro

Coordinadora de literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Jefa de Arte: María Natalia Bellini

Diseñadora: Griselda Ponce

Ilustraciones de reloj: Pablo Gamba

Ilustraciones de tapa e interior: Juan Pablo Caro

Mc Loughlin, Juan Pedro

El capitán Mediavista frente al Azote de los Mares / Juan Pedro Mc Loughlin

; Ilustrado por Juan Pablo Caro. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2024.

192 p. : il. ; 14 x 20 cm. - (Hora de Lectura ; 57)

ISBN 978-950-753-675-5

1. Literatura. I. Caro, Juan Pablo, ilus. II. Título.

CDD A860

© Editorial Estrada S. A., 2024

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-675-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Libros para leer en buena hora

¡Qué placer, leer!

¡Qué placer, leer un libro interesante, ocurrente, emocionante!

¡Qué placer serio, ir pasando las páginas de un cuento de misterio!

¡Qué diversión, descubrir cómo bailan las palabras de una adivinanza y dejar que vengan los chisporroteos de los trabalenguas!

Hora de Lectura es una colección para leer en buena hora.

Para que disfrutes de autores argentinos contemporáneos y descubras el universo literario.

Para que salgan los libros de los rincones polvorientos y olvidados, y se vuelvan protagonistas de un placer compartido.

Los libros de la colección **Hora de Lectura** están estructurados en jugosas secciones que posibilitan un mejor acceso a la literatura.

La obra presenta textos de diferentes y variados géneros, que conforman el multifacético rostro de la literatura para los chicos de hoy. Las ilustraciones colaboran con la construcción del sentido de los textos y refuerzan el valor estético de la palabra.

En **Apunten... ¡juego!**, encontramos consignas de comprensión, producción y narración oral que nos permiten generar un espacio de placer compartido en el aula, y hacer de la lectura y de la escritura actividades comunitarias.

En la sección **Aquí me pongo a contar**, los autores hablan acerca de su vida y de su trabajo, en respuesta a una entrevista que muestra los entretelones y la cocina del oficio de escribir.

En **Las mil y una hojas**, te brindamos datos curiosos vinculados con los textos. Para que abras así algunas de las tantas puertas al mundo que la literatura ofrece.

¡Sean todos bienvenidos a esta propuesta para disfrutar de la buena literatura en una profunda y creativa **Hora de Lectura!**

El capitán Mediavista frente al Azote de los Mares

Juan Pedro Mc Loughlin

Primera Parte

En las calles de Puerto Perdido

1.

El cañonazo que partió el palo de la vela menor del *Tajo de los Mares* resonó en la cubierta, pero encontró al capitán Mediavista en su puente de mando. Y lo llevó hacia el juego que mejor sabe jugar: la acción. Solo se dio tiempo para colocar sobre su cabeza un ancho sombrero coronado con una pluma blanca y una andanada de órdenes escaparon de su boca. Su fino bigote de puntas redondeadas se agitó al viento mientras acomodaba el parche negro sobre uno de sus ojos. Sus hombres corrían por la cubierta reparando los daños y los cañoneros contestaban a la agresión que venía del mar.

—¡Se dan a retirada! ¡Alto el fuego! —y tras la orden del capitán los cañones silenciaron sus ardientes bocas con aliento a pólvora.

—¿Los perseguimos, capitán? —Rulfo, el contra-maestre, estaba ansioso por acabar con esos insolentes que se habían atrevido a atacarlos.

—No, es Barbateñida, un pirata que aún no respeta los códigos del mar.

—Por eso mismo —insistió el contra-maestre—, acabemos con él de una vez. Desmantelemos su barco, el *Cascarón Pintado*, y sus partes nos servirán de repuestos. Hoy en día se hace muy difícil comprarlos nuevos.

—Nunca me he aprovechado de alguien que está en inferioridad de condiciones para el combate. Le servirá de lección para no meterse más con el capitán Mediavista.

—Capitán, podemos hacernos de un buen botín, lo tenemos a tiro de arcabuz, pero pronto lo perderemos. Aquí, mire, la regla ocho del pirata ideal dice que no conoce la palabra “clemencia”... —Rulfo ya estaba en el puente de mando y sostenía entre sus manos un arrugado librito titulado *Volumen Resumido de Piratería Básica*, en una edición de bolsillo.

—¡Al diablo con tus manuales! —el capitán le arrebató el libro y lo arrojó al aire, ante la mirada atterrizada de su contraмаestre—. Voy a comer algo, la batalla me abrió el apetito.

El libro abrió sus hojas como alas y planeó sobre la cubierta. Rulfo trataba desesperadamente de alcanzarlo con inútiles manotazos. El manual se precipitó en picada más allá de la baranda y el contraмаestre se arrojó de cabeza tras él.

—¡Hombre al agua! —dijo rutinariamente el vigía del palo mayor, pero nadie entendió nada porque estaba masticando un sánguche de sardina y queso.

2.

—Voy a decirlo una sola vez. A medianoche partimos. Ni un minuto antes ni uno después. El que se atrase quedará en tierra y se perderá las grandiosas aventuras del capitán Mediavista. ¿Han entendido?

—¡Síiii! —aullaron los hombres y se empujaron unos a otros para arrojarse en los botes que los llevarían a Puerto Perdido, el bastión más importante de los piratas de las Antillas, una fortaleza compuesta

por un centenar de casas y las tabernas con el mejor vino de todas las islas frecuentadas por los corsarios.

En breves minutos se apagaron a lo lejos los gritos salvajes de los hombres, quienes saltaban sobre la arena de la costa.

—No pongan esa cara —el capitán Mediavista acariciaba su bigote mientras trataba de levantar el ánimo a los cinco hombres que se quedaban de guardia—. Aquí tienen —y les arrojó las llaves de la bodega—. Ron y buena comida. No vayan a emborracharse porque alguien tiene que cuidar el barco. ¡Te hago cargo a vos, Picorrojo!

De los cinco hombres que ya corrían escaleras abajo uno se detuvo y giró su cabeza cubierta por una maraña de pelo colorado. Una pipa puntiaguda de madera rojiza era apretada por unos dientes desparejos.

—No se preocupe, capitán: el *Tajo de los Mares* nunca estuvo más seguro —y volvió a pisarles los talones a sus compañeros que ya hacían girar la llave dentro del candado—. Esperen, malditos: no destapen todavía esas botellas.

—¡Terribles rufianes! —exclamó el capitán dando grandes risotadas que se apagaron bruscamente ape-

nas llegó a la puerta de su camarote—. ¿Quién anda ahí? —y no demoró ni un segundo en desenfundar su trabuco y colocarlo en la cabeza de la sombra que estaba oculta en el pasillo.

—No dispare, capitán: soy yo, Rulfo —el contra-maestre temblaba sosteniendo entre sus manos un libro totalmente mojado.

—Pero... ¿Qué estás haciendo aquí? —el capitán devolvió su arma a la cintura.

—Ehhh... leyendo, capitán —y Rulfo extendió bajo la luz de la entrada al camarote su manual empapado.

—¿Ahí, en la oscuridad?

—Bueno, no, en realidad estaba tratando de secar el libro que usted arrojó al mar.

—¿Acaso no vas a ir a Puerto Perdido?

—No, capitán, prefiero quedarme a cuidar el barco.

—Pero si yo he dejado a Picorrojo y cuatro hombres a cargo de la guardia.

—Por eso mismo, capitán: prefiero estar aquí. Y ya que los ha nombrado me permito decirle que es demasiado generoso con ellos. ¡Las llaves de la bodega, por Dios!

—Generoso no. Justo. Hace tres meses que es-

tamos en el mar. Debemos salir nuevamente a medianoche y ellos pierden la oportunidad de disfrutar unas horas en tierra. A propósito, deberías bajar a divertirme un poco. Estás tan pálido. Siempre tan...

—Responsable, capitán.

—Aburrido diría yo. ¿Por qué no vas un rato?

—Perdone, pero aquí en el Capítulo cinco... —Rulfo luchaba con las hojas pegoteadas—. Acá, cuando lo encuentre, dice que un buen contraamaestre debe...

—¡Dejá ya de leer estos manuales inútiles! —y el capitán sacudió el librito que arrojó tres o cuatro hojas al aire.

—¡Se desarma! —desesperaba Rulfo, buscando en la oscuridad mientras Mediavista entraba en el camarote y se cambiaba de ropa para bajar a tierra.

Cuando salió, todavía el contraamaestre gateaba en cubierta buscando la página veinticinco.

—¿Vas a quedarte toda la noche arrastrándote por el suelo?

Rulfo alzó la cabeza y vio la pluma blanca sobre el sombrero de tres puntas de su jefe. La chaqueta negra y el pañuelo al cuello completaban la elegante figura del hombre que lo miraba con un solo ojo.

—Bueno, ¿te decidís a ir o no?

—No, hoy ha sido un día muy duro, voy a acostarme hasta la medianoche.

—Te perderás la diversión —y cuando el jefe pirata comenzó a caminar hacia la plataforma de desembarco el contraмаestre pudo ver la bolsa que llevaba en la cintura.

Rulfo se puso de pie y lo siguió con la vista hasta que el bote que transportaba al solitario tripulante era devorado por la inmensa redondez de la luna.

—¡Oigan, los de abajo! No hagan tanto ruido que me voy a dormir —bramó Rulfo.

—Duerma tranquilo, contraмаestre, que el barco está en buenas manos —Picorrojo gritaba sobre las risotadas de sus compañeros quienes destaparon otra botella.

Rulfo se dirigió hacia su camarote, pero salió a los pocos minutos. Se había cubierto con una capa negra y guardaba en la cintura su abultada cachiporra. Se acercó sigilosamente hacia uno de los botes y comenzó a hacerlo descender. De pronto, en una de las cuerdas atadas tropezó con una hoja arrugada. Al ponerla sobre la palma de su mano vio que era la página veinticinco de su manual, la que se había extraviado. Pero lejos de ponerse contento se estremeció cuando

vio el título borroneado: “Capítulo quince: Castigo para los que traicionan las leyes del mar”. Malhumorado arrojó a la oscuridad de la noche el papel arrugado y terminó de bajar al bote deslizándose por una cuerda, y se puso a remar hasta la costa tratando de hacer el menor ruido posible.

3.

Puerto Perdido era un hervidero de piratas que recorrían las calles abrazando o maldiciendo según el estado de ánimo del momento.

Música de viejos pianos y roncadas voces salían por los ventanales de las tabernas. Esa noche habían coincidido cinco barcos en Puerto Perdido y todos los locales estaban atestados de hombres sudorosos y bullangueros.

El capitán Mediavista caminaba por una zigzagueante calle solitaria. Se había adentrado en la ciudad dejando atrás la zona de las tabernas. Caminaba sin vacilaciones y no le importaba la poca iluminación de esas callejas.

Al llegar a una esquina se detuvo. Dejó que sus

dedos acariciaran su bigote y esperó. Por largos minutos, esperó. Hasta que diez campanadas lejanas rompieron rítmicamente el profundo silencio de la noche. Inmediatamente en uno de los ventanales una luz se encendió. Y al instante se volvió a apagar. Por segunda vez se encendió y se apagó. Mediavista aguardó a que sucediera por tercera vez para cruzar la calle y dirigirse hacia esa vivienda.

Cuando estaba a unos pocos metros de llegar, una oscura figura apareció desde un zaguán que el capitán acababa de dejar atrás. Y solo se escuchó un ruido seco, como el que hace una calabaza cuando se la parte al medio. El sombrero del capitán rodó entre las piedras y Mediavista quedó tendido cuan largo era. La furtiva figura desprendió la bolsa que el capitán llevaba en la cintura y corrió calle abajo.

Más silencio siguió al silencio anterior. Si no fuera porque el foco plateado de la luna hacía brillar un hilo de sangre roja en medio de la acera, nadie hubiera dicho que a un hombre le habían abierto la cabeza. Y el silencio insobornable de la noche ocultaba cualquier cosa que ocurriera en aquellas solitarias calles de Puerto Perdido.



4.

—¡Ahhh! Con más cuidado.

—Aguante, mi capitán. Estas compresas heladas le harán bien. Ya logramos bajar la inflamación. El corte fue profundo.

—Te lo agradezco, Salvador. Si no hubiera sido por tu ayuda habría quedado tendido en la calle. ¿No viste al que...? Oh, perdóná, el golpe me hace decir tonterías.

—No se disculpe, capitán —dos ojos vacíos quedaron fijos en el lugar—, yo estaba destrabando la puerta de entrada luego de la tercera señal, el momento en que sonaron las campanas de la Torre Mayor. Ahí pude escuchar su respiración agitada y supe que había pasado algo malo. Quienquiera que lo haya atacado a traición es veloz como una serpiente.

—Una serpiente. Ni siquiera una serpiente ataca por la espalda. ¡Ahhh! Demonios, cómo duele.

—Ya, capitán, voy a cambiar los paños fríos.

Cuando la desgarbada figura se retiró hacia la cocina, el capitán Mediavista trató de pararse, pero todo le dio vueltas.

—¡Maldición! —el insulto brotó al reconocer su chaqueta y su pañuelo manchados de sangre y levantó la voz para que lo escuchase Salvador—. Tendré que usar la ropa que siempre dejo de repuesto. ¿Estará en condiciones?

—Por supuesto, capitán —el interrogado apareció cargando con dificultad una enorme palangana llena de trapos. Rengueaba y le faltaba la visión, pero esto no le impedía moverse por el cuarto con total normalidad—. Mantengo todo listo para el momento en que lo necesite. Acuéstese. Esto le aliviará.

—Siempre tan servicial, leal compañero del mar —Mediavista se relajó nuevamente sobre el jergón—. Nunca sabré cómo pagarte.

—Ya lo ha hecho, capitán, soy yo el que sigue en deuda...

—Por favor, ni me recuerdes aquello. Debí haber llegado a tiempo para auxiliarte. Solo cinco minutos antes y esos malditos bribones no te habrían torturado de ese modo.

—Pero llegó y me salvó la vida, que no es poco.

—Si hubiera seguido mi intuición, pero tomé el camino que me indicó Rulfo, que resultó ser el más largo. Si no, habría llegado a tiempo para salvar tus ojos.



**Hora de
Lectura**

El capitán Mediavista frente al Azote de los Mares

Una vez más el capitán Mediavista se embarca en el *Tajo de los Mares* para iniciar una nueva aventura. Deberá enfrentarse al capitán Cuervo, más conocido como el Azote de los Mares, quien lo espera con una emboscada mortal. Pero Mediavista no está solo y sus aliados, los de siempre y los nuevos, harán la diferencia. Esta gran aventura abre las puertas a lo desconocido, pero también al romance y a la lealtad de los amigos.

Juan Pedro Mc Loughlin

Nació en Buenos Aires en 1952. Es docente, escritor y actor. Es reconocido por sus libros y relatos dedicados a un público infantil y juvenil, y ha recibido numerosas distinciones como la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y el Premio UTE a la Innovación Educativa. En esta misma colección ha publicado *¿Quién se anima a bajar al sótano?*, *Ramiro en la Escuela de los Piratas* y *Un misterio que cayó del cielo*, entre otros títulos.

*Ilustraciones de
Juan Pablo Caro*



A partir de los
10 años

ISBN 978-950-753-675-5



9 789507 536755 >

 **macmillan**
education

 **cántaro**